

Dossier

DEL DESARROLLISMO REACCIONARIO AL NEOLIBERALISMO DE MERCADO

Argentina como país inductor de migraciones (1955-2003)

*Diego Roldán**

En una célebre novela de finales de la década de 1930, Jean-Paul Sartre afirmó que los adultos quieren que los jóvenes crean “que su pasado no está perdido, que sus recuerdos se han condensado y convertido delicadamente en Sabiduría”.¹ El filósofo francés celebraba que esos adultos hayan tenido hijos, a quienes obligaban a consumir dosis regulares de relatos pedagógicos contruidos a partir de los despojos del pasado. Un diálogo de la película *Martín (Hache)*, coproducción argentino-española dirigida por Adolfo Aristarain, parcialmente inspirada en un relato de Rodrigo Fresán² y estrenada en 1997, muestra y localiza ese vínculo intergeneracional en una Argentina arrasada por la crisis económica del neoliberalismo de mercado.³ La escena transcurre en un restaurante de Madrid, durante la segunda mitad de la década de 1990, Hache está pensando en irse del país y le pregunta a su padre si extraña la Argentina. El padre conversa sobre la migración, acerca de lo que se juega al abandonar un lugar cargado de afecto, sus palabras están llenas de desengaño, desafectación y pesimismo. El hijo, que forma parte de una generación más abierta, con más posibilidades de experimentar y menos urgencias por definir: delimitar su destino y tomar decisiones trascendentes, es más sensible a un transcurrir sin una dirección preestablecida, en apariencia puede estar en el mundo sin un

* Doctor en Humanidades y Artes por la Universidad Nacional de Rosario, investigador adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), en el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (IECH) y profesor titular de Espacio y Sociedad en las carreras de Historia y Antropología de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

¹ J.P. Sartre, *La náusea*, Buenos Aires, Losada, 1947, p. 104.

² R. Fresán, *Historia Argentina*, Barcelona, Anagrama, 2009.

³ A. Aristarain (dir), *Martín (Hache)*, Argentina-España, Canal+ España/TVE/Líder Films, 1997.

objetivo determinado. En cambio, el padre, adulto y golpeado por la vida, comprende la situación de su hijo como algo momentáneo, el efecto de una crisis de desorientación pasajera. Está convencido de que nadie puede existir sin motivaciones claras, sin una meta precisa. Compartir sus experiencia, inviste a la situación con el valor de una parábola.

Sin saberlo, el hijo ha puesto el dedo en la llaga, en la herida mal curada del exilio. El padre comienza a hablar de ese tiempo y ese pasado que, como un cincel pesado y doloroso, esculpieron su conciencia, transformándola en la de un sobreviviente, alguien que consiguió irse, desapegarse, para convertirse en otro, reinventarse lejos y reencauzar su vida a kilómetros del lugar que lo vio nacer.

Cuando uno tiene la chance de irse de la Argentina, la tiene que aprovechar, es un país donde no se puede ni se debe vivir, te hace mierda. Si te lo tomás en serio, si pensás que podés hacer algo para cambiarlo, te haces mierda. Es un país sin futuro, saqueado, depredado y no va a cambiar [...] La Argentina [...] no es un país es una trampa [...] la trampa es que te hacen creer que puede cambiar, lo sentís cerca, ves que es posible, que no es una utopía, que es ya, mañana, y siempre te cagan. Vienen los milicos y matan treinta mil tipos o viene la democracia y las cuentas no cierran, y otra vez a aguantar y a cagarse de hambre, lo único que podés hacer, lo único en que podés pensar, es en tratar de sobrevivir o de no perder lo que tenés. El que no se muere, se traiciona y se hace mierda y encima te dicen que somos todos culpables. Son muy hábiles los fachos. Son unos hijos de puta. Pero hay que reconocer que son inteligentes. Saben trabajar a largo plazo.⁴

El personaje de Federico Luppi habla con una sabiduría conquistada a golpes de desengaño. Tanto su actitud, como su discurso abren una paradoja, pues es precisamente el afecto lo que lo subleva contra los afectos. Las convicciones del padre nacen de la decepción. Todas sus certezas derivan de la invasión simbólica que el final de una ilusión ejerce sobre la reconstrucción de su pasado, sobre sus comienzos y primeros pasos. El desencanto como forma conclusiva reescribe toda la trama; encubre el dolor y la angustia bajo el camuflaje que brindan la fortaleza y la sabiduría. Además de la confrontación de dos generaciones enhebradas respectivamente por los efectos y las potencias del exilio, el diálogo muestra algunos de los nudos problemáticos tanto materiales como simbólicos de la historia argentina de las últimas décadas. Se trata de una historia signada

⁴ Diálogo de Federico Luppi con Juan Diego Botto, A. Aristarain (dir.), *op. cit.*

por los vaivenes políticos, la captura del Estado por grupos con proyectos específicos y fantasías excluyentes, la brutal violencia del neoliberalismo de guerra de la última dictadura, los problemas económicos, las fracturas y las incertidumbres políticas de la recuperación democrática que, en parte, allanaron el camino al neoliberalismo de mercado del menemismo. Durante años, al igual que el padre de Hache, muchos argentinos creyeron haber nacido en un país del que conviene alejarse, con el que es preferible levantar barreras de desafección, porque de otro modo se corre el riesgo de ser devorado por sus imprevisibilidades y sus debacles repetidas.

Por motivos diversos que van desde la persecución étnica hasta las dificultades económicas, muchos países han impulsado migraciones y la Argentina no ha quedado fuera de esa lista. La memoria de algunos exiliados suele evocar un caos generalizado alternado con aparentes normalizaciones. Estas figuraciones refuerzan la distancia del punto de enunciación y apuntalan la idea de no regresar. Otros, en cambio, prefieren referirse a situaciones puntuales y coyunturas específicas que obraron un desarraigo temporal. En esos casos, el relato refuerza la idea de una salida transitoria y reversible. En forma indirecta y a través de una narración de las distintas coyunturas, intento dar cuenta de un proceso de transmutación y variación que para algunos sujetos generó condiciones de migración y radicación en el exterior. El ensayo propone reconstruir una historia y componer elementos para la formulación de una guía sintética acerca de los principales acontecimientos y procesos acaecidos en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX. No pretende privilegiar una perspectiva o un nivel de análisis sobre otro, sino explorar una serie de acontecimientos y problemas, transitar por los principales núcleos y atravesamientos políticos, culturales, económicos e institucionales que formaron las condiciones de posibilidad para el exilio.

HIJOS DEL DESARROLLISMO REACCIONARIO: EL SUEÑO REVOLUCIONARIO Y LA PESADILLA REPRESIVA

Con el Golpe de Estado de 1955 se estableció la proscripción política del peronismo.⁵ Con esas coordenadas de navegación, la Argentina se internaba en las convulsionadas aguas de la segunda mitad del siglo XX. A lo largo de tres

⁵ D. James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

décadas, los escenarios conflictivos no pudieron ser encauzados a través del sistema de partidos políticos ni el sistema de intereses corporativos. Como lo describió un sociólogo argentino exiliado en México, las fuerzas en pugna ingresaron en un “empate hegemónico”.⁶ La interdicción impuesta al peronismo generó serios problemas de legitimidad que, a largo plazo, comprometieron las posibilidades de la idea misma de democracia. La subsunción de las corporaciones sindicales en el diagrama del Estado peronista complejizó el rol de estos grupos en el periodo en que se le impidió la participación política.⁷ Paralelamente, las corporaciones empresariales, especialmente las vinculadas al agro, como la Sociedad Rural Argentina,⁸ se mantuvieron a distancia y en disidencia respecto al peronismo y observaron el golpe como una oportunidad, un momento revanchista.⁹

La exclusión del peronismo dejó a una parte significativa del arco político-electoral-sindical fuera de la vida política y cultural de la Argentina. La autodenominada “Revolución Libertadora” ajustó cuentas con el primer peronismo, al que no dudó en calificar como la época de la “tiranía”. Asimismo, estableció violentas estrategias de persecución y eliminación de la política peronista, cuya expresión más trágica fueron los fusilamientos de los dirigentes sindicales en José León Suárez. Estos episodios sangrientos hicieron que popularmente la Revolución recibiera el calificativo de “Fusiladora”. Ese proceso de prohibición y etiquetación del peronismo determinó un fuerte deterioro del juego político y una puesta en marcha de una democracia cercada y restringida, tan difícil como poco creíble. De igual forma, el antagonismo entre peronismo y antiperonismo continuó profundizándose y reescribiéndose, con matices y complejidades al calor de los procesos de descolonización y las revoluciones latinoamericanas, en los nuevos términos establecidos por el binomio liberación y dependencia.¹⁰

⁶ J.C. Portantiero, “Economía y política en la crisis argentina”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, núm. 2, abril y junio de 1977, pp. 531-565.

⁷ H. del Campo, *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

⁸ La Sociedad Rural Argentina es la corporación que nuclea a los grandes propietarios agrícolas y ganaderos del país. A lo largo de la historia argentina, ha sido una corporación muy poderosa en los ámbitos económico y político debido a la especialización de la economía argentina en la producción de bienes primarios. R. Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

⁹ R. Hora, *Los estancieros contra el Estado. La liga agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

¹⁰ Una buena síntesis de estos procesos ha sido capturada por la película documental-testimonial de F. Solanas y O. Getino, *La hora de los hornos*, Argentina, 1973.

Tras los primeros gobiernos *de facto*, se sucedieron administraciones democráticas condicionadas. Las presidencias de Frondizi (1958-1962) e Illia (1963-1966), ambas por la Unión Cívica Radical,¹¹ no consiguieron encubrir que sus victorias electorales habían sido alcanzadas debido a la ausencia forzosa del peronismo. Esos gobiernos poseían una legitimidad tan restringida como el sistema electoral prescriptivo con el que habían triunfado. Frondizi e Illia asumieron con mayor o menor pureza, con poca velocidad administrativa, con planes modernizadores para el desarrollo industrial y energético, con la voz del peronismo para ganar adherentes, pero sin los logros esperados en el plano concreto. Las dos presidencias radicales despertaron un amplio malestar social. Ese descontento fue gestado paulatina y sostenidamente por la vigilancia y persecución sufrida por los sujetos que no se adaptaran a las restricciones políticas y representaran a la cultura del peronismo. Sin embargo, un orden tan fuertemente condicionado, con dosis elevadas de inestabilidad económica y niveles apenas aceptables de consenso difícilmente podía sostenerse por largo tiempo. En 1966, los militares procuraron desembarazarse de los desaciertos civiles y hacerse cargo directamente del gobierno. Las ansiedades del modernismo reaccionario fueron encarnadas por el general Juan Carlos Onganía, quien presidió el país entre 1966 y 1970 y planteaba la refundación del orden político nacional. El golpe de 1966 se autodesignó “Revolución Argentina” y lanzó un programa modernizador en economía, sociedad y política. A partir de una “revolución desde arriba”, el onганиato aspiraba a transformar y modernizar la economía, la sociedad y el Estado. El motor de ese proceso de *modernización sin modernidad* era un Estado burocrático autoritario¹² y sus cuadros técnicos, capaces de impulsar un desarrollo sin fisuras, disidencias ni debates. Una de las medidas culturales más reaccionarias del gobierno consistió en la intervención de las universidades, conocida como la Noche de los Bastones Largos.¹³ El resultado de ese proceso fue la renuncia de un gran número de docentes y la salida del país quizá de los más brillantes. Esos cuadros académicos se habían formado en el periodo desarrollista, cuando la inversión en ciencia y tecnología

¹¹ D. Rock, *El radicalismo argentino*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995. A.V. Persello, *Historia del radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.

¹² G. O'donnell, *El estado burocrático autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1996.

¹³ P. Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

fue amplia y sostenida, contabilizándose entre los logros más relevantes la formación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (1958). Cabe destacar que ese apoyo a la ciencia estaba enmarcado en las políticas que estimulaba Estados Unidos con la Alianza para el Progreso y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) con sede en Nueva York.¹⁴ En gran parte, el desarrollismo creía en la posibilidad de impulsar un campo científico-técnico ideológicamente neutro y conducir el despegue de las economías latinoamericanas, como diques a los procesos revolucionarios de liberación nacional.¹⁵

En esa línea, el ministro de economía del onganato, Kieger Vassena, diseñó un programa modernizador y racionalizador de la industria que comportaba fuertes ajustes y dismantelamientos de la estructura económica de la Argentina peronista. A pesar de un diseño puntilloso, el proyecto carecía de arraigo social y sus efectos adversos sobre los salarios y la intensificación del trabajo menguaron su aplicabilidad. El onganato constituyó un periodo de imposibilidades económicas y políticas y de robustecimiento de un Estado que demostraba escasa eficacia. A las dificultades políticas se añadían las económicas. Un capitalismo de bienestar con Estados grandes, pero con operatividades decrecientes, comenzaba a dar indicios de agotamiento. Las tecnologías de un industrialismo pesado, los dispositivos de regulación de la fuerza de trabajo del pacto fordista-sindical-estatal, el crecimiento a escala global de las juventudes trabajadoras y universitarias, los procesos de descolonización, la radicalización política de las izquierdas del Tercer Mundo, el feminismo de la segunda ola, el enfriamiento y la ideologización de los antagonismos entre el socialismo realmente existente y el capitalismo establecieron un nuevo mapa de conflictos larvados en el centro (Guerra Fría), pero muy volátiles en las periferias.

En ese contexto, el Tercer Mundo se convirtió en la arena de disputa de los bloques hegemónicos. Los antagonismos establecieron roles binarios con enlaces improbables. El reformismo planificador desarrollista y la revolución social nacional y popular se inscribieron en el antes mencionado dualismo dependencia-liberación en América Latina.¹⁶ Mientras, los sujetos sociales se complejiza-

¹⁴ G. Gil *La sombra de Camelot: Las ciencias sociales y la Fundación Ford en la Argentina de los años sesenta*, Mar del Plata, Editorial de la Universidad de Mar del Plata, 2011.

¹⁵ W.W. Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Londres, Cambridge University Press, 1960.

¹⁶ E. Faletto y F.H. Cardoso, *Desarrollo y dependencia en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*, México, Siglo XXI, 1969.

ban en cuanto a sus prácticas e identidades, la teoría social, tanto la de izquierda como la de derecha, tanto la producida bajo la sombra estadounidense como la que buscaba las raíces latinoamericanas, sostenía una hermenéutica unidimensional y restringida al *homo oeconomicus*, cuyos frutos fueron las teorías de la modernización, el desarrollo y la dependencia.¹⁷ A partir del experimento cubano (1959), una nueva izquierda argentina imaginó las posibilidades de cambiar el rumbo político a partir de la lucha armada.¹⁸ Los militantes peronistas y católicos, vinculados o no a través de las órdenes sacerdotales de la Iglesia (tercermundista) también buscaron formas de contestar a la “violencia que habían impuesto” los gobiernos dictatoriales.¹⁹ El sueño revolucionario invistió a la crisis argentina con las características de una puerta que con el apoyo del pueblo y la lucha armada podía abrirse hacia otra sociedad, sin explotación, sin colonialismo, sin opresión estatal, sin injusticia y sin la violencia cotidiana del sistema. Ese deseo de transformación, que se puede llamar el “sueño revolucionario” desembocó trágicamente en la “pesadilla represiva” de la dictadura cívico-militar de 1976-1983.

En Argentina, frente a un campo político cercado por los grupos antiperonistas y una economía que mostraba todos los signos de una crisis inminente, los grupos disidentes comenzaron a organizarse para asumir un papel confrontativo. A finales de la década de 1960 y como fruto de esos procesos de descontento social y la multiplicidad de los sujetos insumisos, se produjeron dos insurrecciones urbanas en las ciudades más relevantes del interior del país que contaban con nuevas conurbaciones industriales: Córdoba y Rosario. Si bien ambas rebeliones fueron duramente reprimidas, el Cordobazo y el Rosariazo pusieron fin a las fantasías reaccionarias del onganiato y abrieron un *impasse*. Durante ese lapso, cada vez se hizo más inevitable el regreso a la Argentina de Juan Domingo Perón. A partir de algunos eventos de gran efecto mediático, como el secuestro y posterior asesinato del general golpista de 1955, Pedro Eugenio Aramburu (1970), los movimientos que blandían la lucha armada en pos de la liberación

¹⁷ A. Gorelik, “La producción de la ciudad latinoamericana”, *Revista de Estudios Latinoamericanos*, núm. 1, pp. 161-183, y A. Gorelik, “Miradas cruzadas. El viaje latinoamericano del *planning* norteamericano”, *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales*, núm. 18, 2014.

¹⁸ H. Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

¹⁹ J. Arias, “El grupo de curas en opción preferencial por los pobres: Los herederos del movimiento para sacerdotes del Tercer Mundo”, tesis en Sociología, UNLP, La Plata, 2016.

nacional se hicieron más visibles en la escena pública. Las acciones de los grupos peronistas de izquierda vinculados con Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo, de inspiración trotskista, crecieron en relevancia y espectacularidad. El gobierno del general Lanusse, preocupado por sostener cierta continuidad político-institucional y temeroso del estallido de una contienda civil, debió aceptar una salida electoral. Al mismo tiempo que comenzó a negociar el regreso de Perón, le exigió al líder que se alejara de las agrupaciones armadas y promoviera el enfriamiento de las luchas políticas.

En 1973, la victoria electoral de Héctor Cámpora y el posterior regreso de Perón inyectaron nuevas expectativas al campo político electoral en franco declive. El regreso del anciano líder, por el aeropuerto de Ezeiza, estuvo acompañado de un violento enfrentamiento entre las facciones de izquierda y de derecha del movimiento peronista. Cuando Perón asumió la conducción del país, las dificultades económicas y la puja entre los diferentes sectores de la sociedad mostraban una complejidad diferente a la Argentina que Perón gobernara en sus presidencias de posguerra (1946-1952 y 1952-1955). La “Primavera de los Pueblos” que se había iniciado con la elección de Cámpora fue tan breve como convulsa. La muerte de Perón en 1974 aceleró el proceso de desintegración de su gobierno. Los grupos paramilitares de derechas se organizaban para disputar la escena de la lucha armada. La Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) puso en cuestión el monopolio legítimo del ejercicio de la violencia por parte del Estado y reinstaló al asesinato como un hecho político de primer orden. Bajo la guía de los desarrollos de la Escuela de las Américas en Panamá y de los paracaidistas franceses en Argelia, las fuerzas de seguridad argentinas experimentaban el sabor de la represión clandestina. La consagración de esas prácticas fue doble y se verificó a distancia prudencial de Buenos Aires y los grandes centros urbanos. El primer episodio se produjo durante el gobierno *de facto* del general Lanusse y se conoció como la “Masacre de Trelew”. El segundo se registró en el gobierno democrático de Estela Martínez de Perón con el Operativo Independencia para “aniquilar la subversión” del Ejército Revolucionario del Pueblo en los montes tucumanos.

Tras la muerte de Perón, la espiral descendente del gobierno constitucional, la ascendente de violencia y la crisis económica provocada por una intensa devaluación de la moneda de 400 por ciento, se aceleraron para cancelar, en marzo de 1976, las potencias del sueño revolucionario. Desde entonces, la

censura, el secuestro, la tortura, la muerte y la desaparición de treinta mil ciudadanos argentinos marcaron el periodo siguiente como una pesadilla represiva.

EL NEOLIBERALISMO DE GUERRA: LA DICTADURA CÍVICO-MILITAR

Los actores más radicalizados del campo político observaban los procesos democráticos con desconfianza. A sus ojos, la democracia de partidos aparecía como un contratiempo y un modo de dominación burgués y conservador. Luego del fracaso del pacto social, promovido por Perón y su ministro de economía José Gelbard, el mundo de las corporaciones tampoco mostró gran interés por la democracia. Para un amplio conjunto de actores sociales y políticos, la democracia se había convertido en un obstáculo para la toma eficaz de decisiones. Había un consenso amplio en torno a que el trámite parlamentario y el debate político no hacían más que retrasar decisiones urgentes. En ese marco del debate, la interrupción del castigado ciclo institucional democrático no pareció un problema, sino que por el contrario se mostraba como una solución. El sistema de partidos argentino no ofrecía una representación clara para los grupos de derecha. Desde 1930, ese rol fue desempeñado por la corporación militar que, de forma reiterada,²⁰ se instalaba en el Estado para cumplir con una suerte de rol tutelar de una sociedad civil a la que consideraba inmadura, volátil y endeble.

El 24 de marzo de 1976 se produjo el último golpe de Estado que derribó el frágil gobierno de María Estela Martínez de Perón. El control del aparato estatal fue asumido por una Junta Militar en la que estaban representadas las tres armas, con primacía del Ejército. La dictadura militar estableció el cese de las actividades parlamentarias y revocó los mandatos de las autoridades elegidas democráticamente. El sueño revolucionario, que previamente había sido castigado por el accionar de la Triple A, quedaba asfixiado bajo el peso de la maquinaria represiva de la dictadura. Algunos militantes políticos previsores se exiliaron durante 1975 y los últimos meses del gobierno peronista, otros intentaron abandonar el país, con un éxito dispar, durante la dictadura. Las dificultades para salir de la Argentina se multiplicaron en los meses que siguieron a marzo de 1976. Europa y América Latina fueron los destinos privilegiados.²¹

²⁰ Los golpes militares condicionaron la democracia en reiteradas ocasiones: 1930-1932; 1943-1946; 1955-1957; 1966-1973; 1976-1983.

²¹ M. Franco, *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

De forma brutal, el gobierno militar centralizó el uso de la violencia, aunque su ejercicio se perpetró bajo las modalidades clandestinas. Los militares regionalizaron la Argentina y dividieron por zonas los trabajos relativos a la represión. Cada una de estas áreas tenía un comandante a cargo que operaba con una autonomía relativa.²² Aunque las metodologías variaran, había un objetivo común: la aniquilación y el exterminio de todas las formas de “subversión”.²³ El terrorismo de Estado desplegó un gasto extraordinario de recursos tanto en el campo de la inteligencia como de la represión de las expresiones disidentes. El gobierno militar llevó a cabo un plan de exterminio sistemático de cualquier forma de oposición. Las facciones vinculadas al peronismo de montoneros, el sindicalismo de base, la militancia barrial, los sacerdotes de la opción por los pobres y los grupos trotskistas fueron los blancos predilectos de estas operaciones. La violencia física, material y territorial ejercida por las fuerzas armadas clandestinamente, pero hasta cierto punto visible y con modalidades intimidatorias, fue complementada por los procesos de violencia simbólica que implicaron la censura y la persecución de numerosas expresiones culturales y políticas.²⁴

La dictadura estableció una secuencia procedimental que se iniciaba con el secuestro, el interrogatorio, la tortura, la prisión y la muerte seguida del ocultamiento o desaparición de los cadáveres de treinta mil seres humanos. En ese periodo, el gobierno exhibió simbólicamente su lucha contra la “subversión” como una guerra desplegada sobre un enemigo interior que amenazaba con tergiversar los “verdaderos valores” y alterar la sustancia de la “identidad argentina”. En la caracterización castrense, se trataba de grupos políticos animados por “ideologías foráneas”, difusamente vinculadas al marxismo de la Cuarta Internacional, el movimiento peronista montoneros y los procesos políticos de liberación nacional del Tercer Mundo.

La eficacia de la represión permitió a la dictadura torcer de manera definitiva el régimen de acumulación de industrialización sustitutiva iniciado en la década de 1930 y profundizada tanto por el peronismo como por el desarro-

²² P. Colombo, *Espacios de desaparición. Vivir e imaginar los lugares de la violencia estatal (Tucumán, 1975-1983)*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2017.

²³ G. Águila, *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976-1983*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

²⁴ L. Luciani, *Juventud en dictadura: Representaciones políticas y experiencias juveniles en Rosario (1976-1983)*, La Plata, Editorial de La Universidad Nacional de La Plata, 2017.

llismo. La dictadura regresó a los antiguos esquemas agroexportadores de la economía argentina y enfatizó la narrativa histórica forjada por el liberalismo que ubica al país como productor de bienes agropecuarios. En el plano histórico-simbólico, el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” se proponía como una actualización de la formación del Estado argentino que se había verificado durante la década de 1880.²⁵ En materia económica, estos propósitos conservadores estuvieron acompañados de políticas neoliberales: apertura de las exportaciones, con el objetivo de hacer “competitivas” las “verdaderas” industrias argentinas y eliminar de forma definitiva a las “artificiales” que, según los equipos económicos de la dictadura, sólo podían prosperar bajo el amparo de los subsidios estatales. También, se promovió el desarrollo del mercado financiero y la especulación floreció tanto con la reactivación del mercado inmobiliario como con la compra de dólares. Estas políticas entraban en contradicción con la producción de grandes obras de infraestructura y el sostenimiento de los privilegios de la corporación militar. La realización de licitaciones preferenciales con empresarios vinculados políticamente a la dictadura generó lo que se conoció como la “patria contratista”, a partir de la que prosperaron las empresas de Benito Roggio, Franco Macri, Ignacio Polledo y César Petersen. Asimismo, se dispuso una drástica reducción del gasto público, la subordinación de los sindicatos y la erradicación del hábitat informal (villas miseria) de los tejidos urbanos, especialmente en el norte de la capital federal.²⁶ Estas medidas sólo fueron posibles a partir de la destrucción de cualquier forma de oposición política. El terrorismo de Estado fue la condición de posibilidad de la reforma económica puesta en marcha, aun con algunos disensos internos del equipo técnico del ministro de economía Alfredo Martínez de Hoz.²⁷

El gobierno militar consiguió encubrir sus crímenes y sus transformaciones económicas, escudándose en la crisis que lo precedía, a la que no dudó en calificar de “caos y delirio populista”. El dispositivo discursivo suponía un estricto control de los medios de comunicación, ejercido con amplio éxito, y la colaboración activa de la Editorial Atlántida y el Grupo Clarín. Este discurso cele-

²⁵ O. Oszlak, *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*, Buenos Aires, Humanitas-CEDES.

²⁶ A. Ziccardi, “Formas organizativas de los ‘asentamientos humanos marginados’ y política estatal”, *Revista Interamericana de Planificación*, vol. XIV, núm. 54, pp. 28-40.

²⁷ A. Pucciarelli, *Empresarios, tecnócratas y militares de la última dictadura*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

bratorio de la dictadura fue completado con la organización de eventos que buscaban pulsar las cuerdas de ciertas épicas nacionales. La intención programática del gobierno era trastocar los enlaces simbólico-históricos entre cultura popular-masiva y la nación que había establecido el peronismo. La Copa Mundial de Fútbol Argentina 1978 implicó un grado muy alto de internacionalización de la práctica futbolística, pero, sobre todo, constituyó el intento más serio y costoso de fabricación de un consenso y de redistribución del sentido de lo popular y lo nacional por parte de la dictadura.²⁸

Esta gesta deportiva se completó con los ensayos de una épica recuperación de las Malvinas en el Atlántico Sur. Estas islas, ocupadas desde 1832 por la corona británica, fueron invadidas por las tropas argentinas en 1982. La dictadura presumía que el gobierno de Margaret Thatcher no enviaría soldados a combatir. Inglaterra atravesaba una crisis económica derivada de los conflictos por la implementación de medidas neoliberales, que poseían una inspiración muy similar a las políticas económicas de la dictadura. En ese contexto, la guerra aparecía en el horizonte austral de la geopolítica británica como un modo de recuperar el consenso social y alejar la atención de los efectos sociales más traumáticos de las reformas económicas.²⁹ La dictadura invirtió la secuencia del *proceso de civilización* definida por Norbert Elias.³⁰ El objetivo era manipular el sentido del Mundial '78 y de la Guerra de Malvinas de 1982. La contienda deportiva consagró al seleccionado argentino de fútbol como campeón mundial por primera vez en su historia. La guerra tuvo un desenlace diferente y adverso; sin embargo, ambos acontecimientos tenían un objetivo común para el gobierno: colonizar el significativo *nación* con el significado *dictadura militar*.³¹ La derrota

²⁸ D. Roldán, "Paradojas del mundial 78. Estilos, inversiones y rituales", *Cuadernos de Aletheia*, núm. 3, 2019, pp. 7-18 disponible en: https://issuu.com/revistaletheia/docs/cuaderno3_ca5d3f4ca66e06

²⁹ S. Meadows (dir.), *This is England*, Inglaterra, Warp Films/Optimum Releasing, 2006; M. Kohan *El país de la guerra*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2014; F. Lorenz, *En quince días nos devuelven las islas*, Rosario, UNR-Editora, 2018; R. Guber, *Experiencia de halcón*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016.

³⁰ La hipótesis central señala que los deportes tienden a sublimar las violencias sociales. En el caso de la dictadura, se organizaron dos juegos de suma cero, uno deportivo en 1978 y otro bélico en 1982. La parábola que describe esta secuencia invierte el orden de los términos propuestos por Elias guerra-deporte/barbarie-civilización. N. Elias, *El deporte y el ocio en el proceso de civilización*, México, FCE, 1993 y N. Elias, *El proceso de civilización*, México, FCE, 1987.

³¹ Empleamos aquí la acepción lacaniana de significativo y significado que desborda a las palabras e incluye objetos, relaciones y síntomas. Si para Saussure los significantes eran palabras, para Lacan no sólo las palabras, sino también los objetos, las relaciones y los síntomas pueden ser vistos como significantes. Un significativo es tal cuando ha sido inscrito en el orden de lo simbólico.

militar en el Atlántico Sur, los seiscientos cincuenta caídos en combate, los que murieron o estuvieron enfermos (física y mentalmente) después de la experiencia y la tergiversación de la contienda desarrollada por los medios de comunicación, que pronosticaron un triunfo inapelable del Ejército Nacional, generaron un fuerte rechazo de la sociedad hacia el gobierno militar. La guerra de las Malvinas selló la desintegración de la dictadura. El fuego de una contienda bélica con otro gobierno neoliberal, como era entonces el británico, paradójicamente³² ponía fin al experimento económico, político, social y cultural que la dictadura había promovido en Argentina. Si bien las armas del neoliberalismo de guerra quedarían sepultadas, esa modalidad gubernamental sería capaz de regresar bajo otras formas a lo largo de las últimas décadas de la historia argentina, primero, vistiendo los atuendos del mercado y la reforma del Estado y, más recientemente, los de la empresa como institución fundadora de un modo de vida.³³ En 1983 se reabrieron los caminos políticos. El neoliberalismo quedó oculto por la euforia ocasionada por el regreso de la democracia.

LA INVENCION DE UNA TRADICION DEMOCRATICA:

EL IMPASSE ALFONSINISTA

En 1983 y luego de arduas negociaciones, se pactaron nuevas elecciones democráticas. Raúl Alfonsín, militante de la Unión Cívica Radical, derrotó al candidato procedente de las fracciones más reaccionarias del peronismo: Ítalo Argentino Luder. El gobierno de Alfonsín avanzó en sus primeros años guiado por una confianza excesiva en las capacidades de la democracia para erradicar todas las dificultades que pudieran aquejar a la economía, la educación y la salud públicas en la Argentina. Durante la campaña electoral y en los primeros años de gobierno alfonsinista, el Preámbulo de la Constitución Nacional, recitado en actos y concentraciones masivas, y una idea de democracia sustantiva se transformaron en *leitmotiv*³⁴ de una gestión que estuvo jaqueada por la gra-

³² Figura retórica que consiste en la utilización de expresiones que envuelven una contradicción. Esto quiere decir que, más allá de las condiciones contradictorias, los factores presentados resultan válidos, reales o verosímiles. Dos gobiernos neoliberales económicamente y conservadores culturalmente deberían ser aliados, sin embargo, en las Malvinas entraron en guerra.

³³ M. Canelo, *¿Cambiamos? La batalla cultural por el sentido común de los argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019; G. Vommaro, *La larga marcha de cambiamos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017; E. Adamovsky, *El cambio y la impostura: La derrota del kirchnerismo, Macri y la ilusión PRO*, Buenos Aires, Planeta, 2017.

³⁴ Algo que se repite a lo largo de una unidad actoral, discursiva o musical.

vosa herencia de la dictadura. Habitualmente, la voz de Alfonsín se elevaba en sus discursos para declamar que “con la democracia se come, se cura y se educa”. A ese enunciado seguía una lluvia de aplausos ensordecedora. Aun con sus limitaciones, la consigna democrática poseía una eficacia doble; por un lado, la sobrevaloración de la democracia obraba una suerte de exorcismo de los fantasmas remanentes de la dictadura y, por otro, era un ingrediente fundamental para la invención de una tradición democrática vinculada a los sectores populares y las prácticas asociativas de la Argentina urbana.³⁵ Además, establecía una amalgama entre el régimen democrático y las políticas públicas a las que el Estado no debía renunciar: la asistencia social, la salud y la educación públicas. En estos mantras del alfonsinismo, reverdecía la ilusión de que la política democrática podía solucionar los problemas sociales. Sin lugar a dudas, fue una visión seductora aunque, también, muy ingenua. Se consideraba que una formación política-institucional socialmente desarraigada e interrumpida de manera recurrente desde 1930 podía ser definida como la tabla de salvación segura y capaz de esclarecer el rumbo de la convulsionada y fracturada sociedad argentina que acababa de salir de la dictadura. Durante un periodo prolongado, la interpretación del golpe de 1976 y el gobierno *de facto*, estuvo dominada por las intenciones políticas que habían impulsado el regreso de la democracia. La versión canónica³⁶ establecía lo que se conoció como la teoría de los “dos demonios”. Los dos demonios habían coprotagonizado la escena política de la década de 1970. Uno de ellos era las fuerzas armadas que ejercieron el terrorismo de Estado; el otro, las organizaciones políticas que habían elegido la lucha armada para canalizar sus reivindicaciones. Esta visión, por cierto, bastante maniquea exculpaba a la sociedad civil infantilizándola y colocándola en el rol de espectadora pasiva de un combate ajeno, distante y clandestino en el que tan sólo intervenían el terrorismo de Estado y los grupos guerrilleros. En esta interpretación, la sociedad civil aparece como un entramado de relaciones inconscientes e ignorantes de las dinámicas políticas de la época. En el fondo, se trataba de un enfrentamiento entre los militares y los grupos políticos armados,

³⁵ Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana, “¿Dónde anida la democracia?”, *Punto de Vista*, núm. 15, agosto-octubre 1982.

³⁶ La idea es que justamente *los dos demonios*, una teoría naturalizada, consagrada más allá de toda discusión.

en el que la sociedad no habría cumplido ningún papel.³⁷ El prólogo del informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep), conocido como *Nunca Más* y redactado por el escritor Ernesto Sábato, fue la piedra fundamental de esta teoría que garantizó retrospectivamente la no participación de la sociedad civil, ni de la “guerra antisubversiva”, ni de la “guerra revolucionaria”.³⁸ Recientemente, esta intelección de la historia argentina de la década de 1970 se ha complejizado, a partir de la reestructuración del movimiento de derechos humanos. La reedición del 30 aniversario del *Nunca Más* contiene un nuevo prólogo que reinscribe esa disputa hermenéutica por el pasado argentino reciente.³⁹ Sin embargo, en la década de 1980 el *Nunca Más*, aun con sus fallos y exculpaciones, cumplió con un rol cardinal: impedir toda posible reconciliación con la dictadura. Precisamente el reconocimiento político y social de los organismos de derechos humanos, que habían batallado contra las atrocidades, los crímenes y los silencios pactados de la dictadura, redujo a una expresión marginal y a todas luces antidemocrática cualquier reivindicación del pasado dictatorial. Las posibilidades de desarrollar un proceso más amplio de reparación judicial de los crímenes de la dictadura fueron detenidas, primero, por la sanción de la Ley de Punto Final (1986) y luego con la de Obediencia Debida (1987).⁴⁰

El gobierno de Alfonsín se caracterizó por una serie de contradicciones y sobresaltos importantes. Sin duda, Alfonsín cosechó su mayor logro en los juicios a las Juntas Militares. Sin embargo, al intentar descender en la cadena de mandos se topó con escollos mayores. Las resistencias iniciales se transformaron en los acuartelamientos de una fracción de los oficiales del ejército.⁴¹ Alfon-

³⁷ H. Vezzetti, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

³⁸ *Idem.*

³⁹ E. Crenzel, *Historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

⁴⁰ Junto con los indultos concedidos a los militares en 1990 por el presidente Carlos Menem, estas leyes son conocidas como las leyes de impunidad, dado que establecen una especie de cese de los procesos judiciales de las cúpulas y los mandos medios del ejército y los grupos armados. Así se suspendieron, finalmente, sus encarcelamientos y se puso a los ex represores en libertad civil.

⁴¹ El levantamiento Carapintada tuvo su mayor repercusión durante la Semana Santa de 1987. Por entonces, un grupo de oficiales se atrincheraron en Campo de Mayo, el presidente no consiguió que la sublevación fuera reprimida por otros militares. Los carapintadas no sólo protestaban contra los juicios a los militares de rangos medios, sino también contra los altos mandos militares, cuyas conductas en la guerra de las Malvinas e incluso durante la dictadura fueron objeto de impugnación. Después del primer episodio, se produjeron dos incidentes más en 1988.

sín no consiguió lidiar con una democracia joven y todavía poco consolidada y un ejército activo y habituado a irrumpir en la dinámica democrática. A raíz de la sanción de las Leyes de Punto Final y Obediencia Debida, la última muy condicionada por los levantamientos carapintadas, la buena relación del gobierno de la Unión Cívica Radical con el movimiento de derechos humanos se fracturó. De algún modo, las leyes de impunidad —completadas poco tiempo después por el indulto a la Junta Militar— establecieron una grieta entre los organismos de Derechos Humanos y el gobierno radical; el apoyo inicial se retrajo, lo que perjudicó la base de consenso del gobierno, pero también redundó en una mayor autonomía para el movimiento.

El alfonsinismo se apoyaba en una idea de democracia sustantivada por la solidaridad; solidaridad que volvió a astillarse con el retorno de la puja redistributiva a partir del deterioro de los salarios reales vía la inflación.⁴² Después de distintos planes económicos que produjeron variaciones de importancia en la moneda y algunas devaluaciones, la economía mostraba signos de una inestabilidad profunda y esto se reflejó en las elecciones de medio término, donde el Justicialismo recuperó mucho del terreno perdido en 1983. Tras los fallidos planes Austral y Primavera, el primero de reestructuración económica y el segundo de contención inflacionaria, la economía argentina ingresó en la más brutal espiral inflacionaria de su historia, con índices que quedaban fuera de toda proporción e imaginación; en 1989 la inflación, que el año anterior había estado en 348 por ciento anual, alcanzó 3 000 por ciento.⁴³ La conflictividad sindical se elevó verticalmente, se contabilizaron más de diez paros generales. Esta ebullición fue legitimada por la extraordinaria escalada inflacionaria y la depreciación permanente de los salarios.⁴⁴ El gobierno de Raúl Alfonsín no

⁴² Esta invocación a la solidaridad ocurrió en una coyuntura internacional muy poco propicia, cuando el Consenso de Washington se instalaba en los países centrales y las consignas del *thatcherismo*, como el famoso *there is no alternative*, se diseminaban. La conversión de deuda privada en deuda pública (estatización y nacionalización de la deuda de privados) y el crecimiento exponencial de la deuda externa durante la dictadura acotaron las posibilidades de maniobra de una economía keynesiana y una política socialdemócrata a la europea, como la que habían imaginado implementar Alfonsín y sus asesores.

⁴³ A. Pucciarelli (coord.), *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

⁴⁴ Si la guerra de las Malvinas había marcado el golpe de gracia a la Junta Militar, en la década de 1980 la hiperinflación sentenció al gobierno de Alfonsín. La gestión radical había salido malherida de los levantamientos carapintadas y de la represión violenta que el ejército ejecutara sobre un grupo de militantes de inspiración guevarista-sandinista, Movimiento Todos por la Patria que,

consiguió superar el efecto de la inestabilidad de los mercados, cuyo reflejo microeconómico era la cotidiana estampida de los precios de los artículos de primera necesidad. Ante una crisis económica y política muy profunda, el gobierno radical sólo fue capaz de pactar una retirada anticipada aunque no demasiado elegante, con el objetivo mínimo de mantener la continuidad institucional tan trabajosamente conquistada y, entonces, amenazada por varios flancos.

EL NEOLIBERALISMO DE MERCADO: EL MENEMISMO Y LA ALIANZA

Al promediar el mes de mayo de 1989 se desarrollaron nuevas elecciones presidenciales. La fórmula del Partido Justicialista, Menem-Duhalde, se impuso al candidato por el radicalismo Eduardo Angeloz. Diez días más tarde, el descontento popular por la hiperinflación y el constante aumento de los precios de los artículos más indispensables activaron, primero en Rosario y luego en las conurbaciones de Buenos Aires y Córdoba, una ola de saqueos a supermercados.⁴⁵ La situación se fue agravando y se decretó Estado de emergencia, un régimen de excepción en el que las garantías civiles fueron recortadas en pro del mantenimiento de la seguridad y la paz interior. A consecuencia de los distintos incidentes, más de cuarenta personas fueron arrestadas y unas veinte murieron. Ante la situación, Alfonsín anticipó seis meses el traspaso del mando presidencial. La campaña electoral de 1988-1989 tuvo bastante menos contenido que la de 1983, que había sido protagonizada por los argumentos pro democracia de Raúl Alfonsín. Carlos Menem llegó a la presidencia con una consigna menos emparentada con la política que con un liderazgo propio del marketing publicitario: “No los voy a defraudar. ¡Síganme!”. No se especificaba adónde ni quienes debían seguirlo, tampoco se pudo saber en qué tipo de defraudaciones evitaría incurrir su gobierno. Menem y su compañero de fórmula, Eduardo Duhalde, publicaron una plataforma concreta y eficaz. El título del volumen era confuso.⁴⁶ En cierta medida, *La revolución productiva* anticipaba el viraje de la política y el Estado, áreas prioritarias durante el gobierno de Alfonsín,

a comienzos de 1989, tomaron el cuartel militar La Tablada. Véase C. Hilb, “La Tablada: El último acto de la guerrilla setentista”, *Historia Política*, disponible en: http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/2j_hilb.pdf

⁴⁵ S. Serulnikov y G. Di Meglio, *La larga historia de los saqueos en la Argentina de la independencia a nuestros días*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017.

⁴⁶ C. Menem y E. Duhalde, *La revolución productiva. De la Argentina especuladora a la Argentina del trabajo*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1989.

a la economía y los mercados. Este libro anunciaba la apertura de fábricas, el incremento de los puestos de trabajo y el aumento del poder adquisitivo de los salarios. Frente a un capitalismo desindustrializado y que perfilaba los nuevos conglomerados de la electrónica y la informática, *La revolución productiva* invocaba algunas piezas arqueológicas del desarrollismo que pronto se revelarían mejor relacionadas con el pasado que con el futuro menemista de la Argentina.

Al comienzo, el rumbo del gobierno fue indefinido, pero no incluyó nada parecido a la anunciada revolución productiva ni el aumento salarial. Tras una serie de medidas restrictivas que buscaban estabilizar las variables macroeconómicas, en 1989 Argentina se acogió al Plan Brady, un acuerdo del Fondo Monetario Internacional con los países de América Latina para reestructurar la deuda externa. Asimismo y después de una fuerte emisión de bonos, se paralizó la flotación cambiaria a través de la Ley de Convertibilidad (1991). Tras una potente devaluación, la ley establecía que un peso argentino equivalía a un dólar estadounidense. La ecuación completa era más o menos la siguiente: 10 000 australes, tras la devaluación y la restitución del peso como moneda nacional, se habían convertido en un peso, éste a su vez equivalía a un dólar estadounidense. A través de una elipsis jurídica, se anunciaba una forma suavizada de dolarización económica.⁴⁷ La ventaja de la convertibilidad frente a la dolarización era que inicialmente permitía jugar con la ficción de que por cada peso circulante existía un dólar de respaldo. Esta ventaja para la operatoria de arranque terminó por convertirse en un tremendo obstáculo para una medida de emergencia, cuya persistencia durante diez años la consagró como pilar del modelo económico de la década de 1990.

Discursiva, pero también materialmente, la Argentina era compelida a integrarse al mercado mundial en el marco de la globalización económica y cultural.⁴⁸ En paralelo, el giro informático que se desplegaba desde la década de 1980 suponía un cambio tecnológico profundo y la necesidad de inversiones de capital importantes. Los servicios, específicamente las telecomunicaciones, debían modernizarse de manera urgente creando las condiciones de posibilidad para las nuevas tecnologías que se difundirían en la década siguiente. El camino elegido por el gobierno fue la privatización de los activos del Estado, entre

⁴⁷ A. Roig, *La moneda imposible: La convertibilidad Argentina de 1991*, Buenos Aires, FCE, 2016.

⁴⁸ N. Canclini, *La globalización imaginada*, Buenos Aires, Paidós, 1999.

los que se encontraba un número nada despreciable de empresas. La reforma del Estado pautaada por el menemismo implicaba la renuncia a las tradicionales áreas de intervención: políticas sociales, construcción de infraestructura, equipamientos colectivos, servicios, salud y educación. De este modo, se dejaba a la iniciativa privada la modernización tecnológica e institucional de las empresas y el Estado. Además, el tesoro nacional se recuperaría con base en el ingreso de los dividendos excepcionales derivados de la privatización. Sin embargo, se libraba a las empresas privadas los procesos de competencia interna bajo la forma de oligopolios regionales. La prestación de los servicios, como ocurrió con el agua potable y las cloacas en la ciudad de Buenos Aires, quedaba seriamente desregulada.⁴⁹ En los primeros cuatro años de gobierno, la economía se estabilizó y hubo una reactivación por la vía financiera, momentáneamente regresaron los créditos al consumo y las clases medias adquirieron algunos bienes relativamente durables. Se trataba de los primeros electrodomésticos importados que llegaron a la Argentina fabricados bajo las pautas de la obsolescencia programada. Pero el proceso de estabilización económica, basado en las recetas monetaristas, rápidamente generó estancamiento, falta de inversión, declive de la actividad, desocupación y retracción del consumo. Alguna vez el presidente Menem había justificado la situación evocando lo que reputaba una ley económica: “a un periodo de hiperinflación, le sigue un periodo de recesión”.

Durante el gobierno de Alfonsín se decía que el Estado no podía hacerse cargo de lo mínimo; sin embargo, era un Estado grande, quizá, un gigante inoperativo. Menem creyó encontrar la fórmula para desarticular esa paradoja. De ahora en adelante el Estado sería mínimo, aunque continuaría surcado por las mismas problemáticas del periodo anterior. La clave para construir esa estructura pública minimalista fue la privatización.⁵⁰ La venta de los activos del Estado y la reestructuración de sus empresas proponían un modelo de modernización interno y la apertura a la competencia del mercado internacional. Las empresas fueron reducidas en personal a través de despidos y retiros voluntarios,

⁴⁹ E. Castro “Pobreza y ciudadanía: Perspectivas sociológicas sobre la participación privada en la provisión de servicios de agua y saneamiento”, en C. Salamanca Villamizar y F. Astudillo Pizarro (comps.), *Recursos, vínculos y territorios. Inflexiones transversales en torno al agua*, Rosario, UNR-Editora.

⁵⁰ El consenso sobre la crisis del alfonsinismo fue elaborado a través de un nuevo mantra, bastante diferente al de la democracia sustantiva de Alfonsín: el ingreso al Primer Mundo. Aun con sus ficciones más disparatadas, esta ilusión de modernización para la integración global sobrevivió a los primeros efectos negativos de las reformas neoliberales.

pero los servicios continuaron con baja operatividad. Las privatizaciones reflejaban el prebendarismo⁵¹ con que el Estado administró esos rubros de la economía política y la continuación, a escala transnacional, de los mecanismos establecidos por la patria contratista. Los levantamientos militares continuaron durante el gobierno de Menem. Los carapintadas acordaron sostener su candidatura electoral, pero al mostrar su descontento en 1989, a través de la toma de un regimiento militar, el entonces presidente Menem decidió reprimirlos y se los condenó a prisión por atentar contra la democracia. En 1994, en las vísperas de la reelección, Menem impulsó la derogación de la Ley de Servicio Militar Obligatorio de 1901.⁵²

Durante el gobierno de Menem se produjeron dos atentados terroristas, el blanco fueron dos edificios vinculados a la comunidad israelita argentina: la Embajada de Israel en 1992 y la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA) en 1994 (con 107 muertes).⁵³ Carlos Menem volvió a presentarse, tras una reforma constitucional, como candidato a la presidencia de la nación. La Reforma de la Constitución Nacional de 1993 reducía el mandato presidencial a cuatro años (antes el periodo duraba seis) y permitía la reelección por dos periodos consecutivos. La Constitución de 1993 posee una serie de iniciativas modernizadoras respecto a la legislación y el poder político, pero también constituye un elemento central, junto con las reformas económicas del menemismo, para la construcción de la reforma del Estado y de un orden neoliberal

⁵¹ Ventaja o beneficio que recibe arbitrariamente una persona. Trabajo o cargo lucrativo y poco laborioso que le permite vivir con holgura. Se refiere a los sistemas políticos donde los funcionarios electos y los trabajadores del gobierno sienten que tienen derecho a compartir los ingresos del gobierno y los utilizan para beneficiar a sus seguidores, correligionarios y miembros de su grupo étnico. Viene del latín donde tiene cuatro significados vinculados a cuestiones eclesiásticas, la acepción tercera se refiere a una dote que se le da piadosamente a una mujer para que se case o a un estudiante para que continúe sus estudios; la cuarta dice que es un empleo o un ministerio lucrativo y de poco trabajo.

⁵² Los abusos que terminaron con el asesinato del concripto Carrasco en el Regimiento de General Zapala funcionaron como la justificación perfecta. Además de un propósito modernizador de profesionalización de la fuerza, la medida reducía significativamente el presupuesto público de las tres armas y procuraba sostener un ejército mínimo e incapaz de sublevarse.

⁵³ Las responsabilidades sobre estos actos terroristas aún no se han esclarecido judicialmente. En 1995, el helicóptero que pilotaba el primogénito varón de Carlos Menem, que llevaba su mismo nombre, se precipitó a tierra. Este accidente, en el que perdieron la vida el hijo del primer mandatario y el corredor de automóviles Silvio Oltra, quedó nimbado por la sombra de los atentados terroristas y se expresaron sospechas de un magnicidio. El helicóptero se estrelló exactamente dos meses antes de las elecciones presidenciales a las que Carlos Menem volvió a presentarse, reforma constitucional mediante.

de mercado. En las elecciones presidenciales de 1995, la fórmula Menem-Ruckauf alcanzó casi la mitad de los sufragios, mejorando la actuación de 1989.⁵⁴ Las políticas económicas se mantuvieron firmes y profundizaron la crisis. Los estallidos sociales y políticos producidos por la privatización y los despidos en Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) activaron la nueva protesta social que caracterizaría a la Argentina de los últimos años del siglo pasado. Las rutas nacionales fueron el escenario que recortó las siluetas de los piqueteros⁵⁵ y los fogoneros. El estancamiento económico parecía no tener fin. Además de la depreciación mundial de las materias primas, los productos agrícolas se habían vuelto poco competitivos internacionalmente a raíz de la paridad cambiaria legalmente regulada. A pesar de la Ley de Semillas (1996) que permitía operar a Monsanto con productos transgénicos, las condiciones macroeconómicas no eran favorables para las actividades primarias, históricamente una de las principales fuentes de divisas extranjeras para la economía argentina. Además, las tecnologías de transportes habían ampliado su escala y era necesaria una remodelación de la infraestructura portuaria y el dragado de las vías fluviales para reacondicionar la conexión extractivista de la Argentina con el mundo.

El segundo gobierno de Carlos Menem continuó bajo la guía del primero. La crisis económica y algunos acuerdos malogrados con los medios de comunicación hegemónicos, especialmente el Grupo Clarín, pronunciaron el declive público de la figura del mandatario. Los mercados financieros aparecían como los rubros más dinámicos de la economía. La desindustrialización se profundizó, las protestas sociales se incrementaron en el norte (Salta) y el sur (Neuquén

⁵⁴ Su competidor más inmediato, José Octavio Bordón del Frente País Solidario, quedó veinte puntos por debajo de esa cifra.

⁵⁵ Por entonces se produjeron los primeros piquetes. Esos cortes no impedían el acceso de los rompehuelgas a las fábricas, dado que éstas habían cerrado o estaban en proceso de liquidación y vaciamiento, sino que interrumpían el tráfico vehicular en las rutas nacionales. El derecho constitucional a la libre circulación fue esgrimido como arma jurídica para ordenar el desalojo de los manifestantes que acampaban sobre y a la vera de las carreteras. La represión de los piquetes fue violenta y en ella participó la gendarmería nacional. En esos episodios perdieron la vida Víctor Choque y Teresa Rodríguez. El mundo del trabajo había sido erosionado por el ensamblaje neoliberal que el menemismo propuso en la Argentina, a través de una domesticación de las centrales sindicales, una licuación de los derechos de los trabajadores y una liquidación de los restos del régimen de acumulación basado en la actividad fabril y de transportes. Los medios de comunicación fueron invadidos por términos sociológicos y económicos que retrataban la crisis. En los programas políticos de televisión se comenzó a hablar de pobreza estructural, desocupación, desmantelamiento del Estado, economía informal, exclusión social, recesión económica, etcétera.

y Ushuaia) del país, donde las economías regionales mostraban un deterioro tan avanzado que parecía ser irreversible. Ante una crisis profunda del sector agropecuario y la destrucción de la actividad industrial, la tercerización de la economía y su bancarización continuaron avanzando, hasta alcanzar el sistema previsional. Una serie de empresas Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones emergieron como ariete para la privatización de las cajas de retiros estatales y la siempre inconclusa construcción de un mercado de capitales. La economía financiera y de servicios se vio poco a poco afectada por la crisis de un estancamiento que se adueñó de los tres últimos años de gobierno. Después de diez años, el menemismo parecía estar terminando. El tempo de la segunda presidencia de Menem estuvo caracterizado por una lentitud agobiante, propia de una economía estancada y con una circulación interna muy ralentizada. La oposición que las medidas menemistas ganaron dentro del Partido Peronista configuró grupos disidentes que fundaron el Frente País Solidario que luego confluyó con la Unión Cívica Radical como una Alianza sin demasiadas orientaciones futuras comunes, pero con un denominador común: el antimenemismo.

En 1999, la fórmula de la Alianza, De la Rúa-Álvarez, derrotó al candidato peronista, por entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde. El gobierno de la Alianza se caracterizó por cierta inacción inicial y poco después comenzó a dar señales de continuidad económica con el menemismo. Esa persistencia en el rumbo político era certificada y sostenida (casi a cualquier precio) por la Ley de Convertibilidad. Este camino no fue aprobado por el vicepresidente, Carlos Álvarez, proveniente de las filas del Frente País Solidario, que renunció a su cargo en octubre de 2001.

A finales de diciembre de 2001, la crisis que se había incubado a lo largo de una década de políticas neoliberales estalló. Las experiencias intensas aunque todavía fragmentarias de nuevas formas de acción colectiva y movilización popular producidas alrededor de nuevas situaciones y sujetos sociales, como los desocupados y los piqueteros, cobraron centralidad. La protesta social iniciada en 1993 con el santiagueñazo, continuada en 1996 por Cutral Có y Plaza Huincul, difundida a las provincias de Río Negro, Santa Cruz y Ushuaia, se trasladó a los centros urbanos más importantes de la Argentina.⁵⁶ Sin embargo, el esta-

⁵⁶ J. Auyero, *La protesta. Relatos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2002.

llido con mayores proporciones y efectos fue el que tuvo como focos la Plaza de Mayo, la Plaza del Congreso y la Avenida 9 de Julio en Buenos Aires. El último mes de 2001 sintetizó todas las contradicciones alimentadas durante los diez años de convertibilidad. Mantener la paridad cambiaria requería altos niveles de endeudamiento o la consecución de nuevos créditos. En primer lugar, se pensó en reducir el gasto público a través del recorte porcentual a los salarios que superaran los mil pesos. La Ley de Flexibilización Laboral fue una condición del Fondo Monetario Internacional (FMI) para establecer nuevos acuerdos con el objetivo de reestructurar la deuda. Estas negociaciones permitían a la Argentina aplazar los pagos a condición de flexibilizar las condiciones de contratación laboral y de una subida brutal de la tasa de interés que pasó de 5 a 18 por ciento.

Los capitales comenzaron a abandonar el país. A ojos de los mercados financieros, Argentina empezó a perder competitividad y se transformaba en una plaza inestable, sin seguridad jurídica. Las entidades bancarias transnacionales, que habían aterrizado con fuerza luego del Efecto Tequila en 1994 y como consecuencia de la desregulación de sus mercados domésticos, empezaron a drenar los dólares del país. En este marco, se perdió una enorme cantidad de moneda estadounidense y la paridad cambiaria pasó de ser un salvavidas a convertirse en un chaleco de plomo. El mantenimiento de la convertibilidad había incrementado entre abril de 2000 y octubre de 2001 la deuda externa en 33 mil millones. Mientras que las reservas del Banco Central apenas alcanzaban 17 mil millones, habiéndose consumido la mitad de ese remanente de dólares a partir de enero de 1999. Tras el fracaso de los procesos de toma de nueva deuda, como el Blindaje Financiero y los intentos de emisión de más bonos de endeudamiento a largo plazo, las nuevas negociaciones con el FMI arrojaron resultados negativos. Anne Kruger, por entonces titular del organismo, se negó a continuar girando préstamos a la Argentina, argumentó que era un país con “insolvencia manifiesta”. Ante esta denegación del FMI, el entonces ministro de Economía, convocado como recurso de emergencia, Domingo Cavallo, quien había revistado en ese cargo durante los gobiernos de Menem (1991-1996), desarrolló lo que luego concibió como “la única medida posible”: la inmovilización de los depósitos bancarios. Se trataba de una resolución de control de cambios indirecta que impedía a los ahorristas retirar más de 250 pesos a la semana. Esta regulación económica fue popularmente conocida como “el corralito” y permitió aplazar la salida de la convertibilidad durante un mes. Si bien Cavallo suponía que los

movimientos de capitales mayores podían realizarse a través de cheques, transferencias bancarias o pagos con tarjetas de débito, la microeconomía argentina todavía estaba poco habituada a la inmaterialidad de los intercambios financieros electrónicos y, por lo tanto, la gente se agolpó en los bancos a reclamar sus depósitos. Un pedido de extracción simultánea al cual las entidades financieras no tenían manera de hacer frente. Al final, la ficción económica de la convertibilidad se desmoronaba frente a los rostros desesperados de los ahorristas.

EPÍLOGO: 2001-2003

En el verano de 2002, Florencia Abbate escribió el primero y uno de los más potentes relatos ambientados en 2001.⁵⁷ El título remite a la pintura más célebre de un reconocido expresionista noruego, Edvard Munch, quien alguna vez aseguró “no pinto lo que veo, sino lo que vi”.⁵⁸ *El Grito* de Munch es la expresión plástica de la ansiedad, el miedo y la alienación, busca mostrar al hombre en el límite de la desesperación, en el punto de mayor tensión con un mundo que le resulta extraño. Munch reconstruyó el momento en que la pintura vino a su mente con una sensación profundamente física: “me quedé solo, temblando, pude sentir un enorme Grito, cruzando el espacio”.⁵⁹ En la novela de Abbate, ese grito queda asociado al diciembre de 2001 argentino. Por un lado, se trata del grito ahogado durante diez años de políticas neoliberales y en este sentido el estallido popular es una forma de liberación. Por otro, es el grito de horror ante la angustiante y dramática situación por la que atraviesa el país. El grito es el testimonio de la desestabilización de todas las evidencias y del sujeto mismo, pero también es la apertura de una línea de fuga con un destino incierto. La novela de Abbate está formada por el coro de cuatro relatos entrelazados por una trama que los atraviesa. El primero muestra el momento mismo en que las manifestaciones se precipitan sobre el centro de Buenos Aires. La voz que registra los acontecimientos es la de un joven totalmente inmerso en la atmósfera neoliberal. Entregado al culto hedonista a la individualidad, el Gordo Federico decide iniciar sus treinta años poniéndose en forma en un gimnasio. En el camino, comienza a observar la atmósfera enrare-

⁵⁷ F. Abbate *El grito*, Buenos Aires, Emecé, 2004.

⁵⁸ E. Munch *El friso de la vida*, Madrid, Nórdica Libros, 2015.

⁵⁹ *Idem*.

cida de la ciudad y pronto descubre la movilización sobre las calles. Antes de ese shock de realidad, nada sabe de lo que está pasando en una Buenos Aires que se aburre retorciéndose en la miseria del neoliberalismo.

Las calles se veían como inquietas y algunos negocios estaban cerrados [...] pasaba algo grave. Alrededor de mis pies vi cascotes y pedazos de vidrio, y en la esquina de Roque Sáenz Peña vi dos oficiales a caballo que escoltaban a otro policía que, a pie y con una itaka en la mano, iba arrastrando a un chico sin remera cual si fuera una especie de saco de papas. Mientras cruzaba Avenida de Mayo, vi un teléfono público incendiado y un grupito de pibes que avanzaban gritando “¡Que se vayan!” Un poco más a lo lejos, distinguí a un hombre que sostenía un balde con pintura al lado de otro que sostenía a un enano, quien a su vez trepaba por sobre él para alcanzar la altura de un cartel de un banco y pintarle encima una consigna que no pude leer. Sobre Piedras e Irigoyen [...] vi a una señora que, sentada en el cordón de la vereda, sacaba cacerolas de una bolsa. Por delante de ella pasó una chica que corría con limones en la mano, y un instante después un flaco en moto, a la velocidad de rayo, envuelto en una bandera argentina [...] el tipo miró el cielo encapotado y, como si anunciara una tormenta, me batió: “parece que esta tarde renuncia el presidente”. Agregó que acababa de escuchar que los negocios saqueados superaban el millar [...] que la culpa no era de los saqueadores sino del gobierno [...] Una mina [...] dijo que habían detenido a once personas que cortaron Rivadavia y Reconquista. Y por último un pibe aportó la noticia de que en Entre Ríos una chica, de sólo doce años, acababa de recibir un balazo en la cabeza [...] ocurrieron una serie de fenómenos que no olvidaré. Una auténtica batalla campal se desplegó alrededor de nosotros. Enjambres de personas huían de la policía, retrocedían para reagruparse y volver a avanzar hacia la casa de gobierno...⁶⁰

Entre el 19 y el 20 de diciembre se precipitaron una serie de acontecimientos que comenzaron con los saqueos en el conurbano bonaerense,⁶¹ siguieron con la declaración del Estado de sitio por parte de presidente De la Rúa a media tarde, continuaron durante la noche y la madrugada con importantes movilizaciones y concentraciones en la Plaza de Mayo y en la del Congreso. Las canciones que entonaban las multitudes iban desde un fuerte llamamiento a que los políticos abandonaran sus cargos: “¡Qué se vayan todos! ¡Qué no quede ni uno solo!” hasta las estrofas más intensas del himno nacional: “¡Oh, juremos

⁶⁰ F. Abbate, *op. cit.*, pp. 32-33; 43-44.

⁶¹ J. Auyero, *La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

con gloria morir! ¡Oh, juremos con gloria morir!” Las concentraciones nocturnas fueron violentamente reprimidas por gases, balas de goma, policías motorizados y disparos de armas de fuego.

Cuando De la Rúa declaró el Estado de sitio, estábamos en una asamblea en un supermercado que había sido tomado por sus trabajadores hacía unos meses. La Toma, el antiguo hipermercado Tigre de Rosario, había sido vaciado por sus dueños y los trabajadores despedidos buscaban autogestionarlo. En ese lugar, se reunían mucho los estudiantes de la Facultad de Humanidades de Rosario que habían apoyado a los trabajadores en su lucha. Esa tarde tomó la palabra un militante de izquierda y dijo que el gobierno toleraba bien la violencia simbólica de los movimientos sociales, pero que había llegado la hora de pasar a otras formas, más materiales, de ejercicio de la violencia. Seguimos discutiendo. Al poco tiempo, el mismo militante pidió la palabra para informar que De la Rúa había decretado el Estado de sitio, que la asamblea tenía que pasar a cuarto intermedio para permitir que los compañeros volvieran a sus casas, porque iba a ser peligroso estar en la calle una vez que cayera la noche. La cosa sonaba un poco paradójica. Primero había pedido dejar la violencia simbólica e iniciar acciones directas y poquito después nos mandaba a casa. Cuando salimos de La Toma y llegamos a calle Córdoba vimos a un montón de gente marchando hacia el Monumento a la Bandera, iban golpeando cacerolas en grupos, incluso había niños. Ahí mismo decidimos no hacerle caso al militante y no volver a casa. Nos unimos a esa gente y marchamos al Monumento a la Bandera para expresar nuestra bronca por los políticos miserables que nos estaban gobernando. Nos juntamos con la gente de las cacerolas. La verdad que en medio de todas las cosas horribles que estaban pasando, eso fue un buen momento. La cosa en el centro fue bastante tranquila, pero las fuerzas policiales hicieron desastres en los barrios de Rosario. La policía del gobernador peronista Carlos Alberto Reutemann asesinó al militante social Pocho Lepratti que estaba en la terraza de un comedor comunitario de una escuela en el barrio Las Flores, tratando que la policía no le tirara a los pibes del barrio que estaban ahí. El asesinato de Pocho fue uno de los hechos más tristes de diciembre de 2001.⁶²

Desde la mañana del otro día, los manifestantes de Buenos Aires continuaron avanzado sobre la Plaza de Mayo y hubo varios intercambios violentos con la policía. Los manifestantes resistieron sus posiciones y cantaron: “La plaza es de

⁶² Entrevista a Ignacio Morales, 29 de agosto de 2019. Claudio “Pocho” Lepratti fue un militante barrial de amplia trayectoria en la contención de adolescentes en la ciudad de Rosario a lo largo de la década de 1990. En 2005, el cantautor popular León Gieco interpretó en su homenaje la canción de León Gurevich “El ángel de la bicicleta”.

las madres⁶³ y no de los cobardes”. No obstante, la policía montada reprimió de manera escandalosa a grupos de manifestantes pacíficamente sentados. El objetivo del operativo de seguridad era liberar la zona cercana a la casa de gobierno, en una Plaza de Mayo todavía sin vallas de contención. Las acciones fueron creciendo en virulencia, y hacia el mediodía y las primeras horas de la tarde columnas de manifestantes arrojaron piedras sobre las fuerzas policiales que contestaron primero con balas de goma y gases lacrimógenos. En poco tiempo, los enfrentamientos se salieron de cauce y la fuerza policial ejerció una violencia desproporcionada sobre los manifestantes. En todo el país, murieron casi cuarenta civiles en distintos episodios represivos. Finalmente, el presidente De la Rúa renunció. Al caer la tarde, el helicóptero presidencial lo retiró desde la terraza de la Casa Rosada para llevarlo hasta la residencia de Olivos. No había forma de que el presidente pudiera salir por tierra con los manifestantes que estaban apostados en la calle aguardándolo. La sensación tras la renuncia y el despegue del helicóptero fue de un gran alivio. La Argentina había dado su primera batalla victoriosa contra el neoliberalismo, pero todavía quedaban cosas extraordinarias por presenciar, tales como la sucesión de cinco presidentes en once días. Por último, a comienzos de enero de 2002, el Senado eligió a Eduardo Duhalde como presidente provisional. A los pocos días de asumir, Duhalde derogó la Ley de Convertibilidad, lo que permitió por primera vez en diez años la devaluación del peso argentino en 40 por ciento. Aunque a largo plazo la medida generaría condiciones de posibilidad para la reactivación económica, la percepción de sus efectos inmediatos fue negativa. La crisis de 2001 movilizó un gran contingente de emigrados económicos de la Argentina, algunos de ellos regresaron en los años siguientes.

Durante la crisis se evidenció una fuerte tendencia a la transferencia de ingresos de los trabajadores, las clases medias y los sectores populares hacia las clases dominantes y sectores de mayor concentración de la riqueza. Este proceso ha sido descrito por el geógrafo David Harvey como acumulación por desposesión.⁶⁴ En el caso argentino, el neoliberalismo no mostró esa habilidad que

⁶³ La referencia es a las Madres de Plaza de Mayo, un grupo de familiares de desaparecidos que comenzaron a nuclearse alrededor de la Pirámide de Mayo todos los jueves para desarrollar rondas desde 1977 pidiendo por la aparición con vida de sus familiares. M. Scocco, *El viento sigue soplando, los orígenes de las Madres de Plaza 25 de Mayo (1977-1985)*, Rosario, Editorial Último Recurso, 2016.

⁶⁴ D. Harvey, “El nuevo imperialismo: Acumulación por desposesión”, *Socialist Register*, 2005, disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20130702120830/harvey.pdf>

le atribuyeron algunos analistas⁶⁵ para manipular y conseguir hacer de la crisis un nuevo impulso para sus políticas económicas. Después de las movilizaciones de diciembre de 2001, gran parte de la población se reveló contra el neoliberalismo y sus emergentes urbanos que habían confiscado sus ahorros. Entre finales de 2001 y mediados de 2002, grupos de manifestantes enfurecidos atacaron las instituciones gubernamentales y los bancos multinacionales. A ojos de los actores movilizados los edificios constituían la implantación espacial de los responsables de la crisis.

En respuesta, las entidades bancarias se fortificaron con planchas de metal para cubrir sus fachadas transparentes y volátiles, desarrolladas a partir de una arquitectura apoyada en el vidrio. Los manifestantes iban pertrechados con destornilladores y martillos con el objetivo de desarmar las defensas y dañar los edificios que habían injustamente retenido sus depósitos. La pérdida de legitimidad de las instituciones bancarias entre la población fue absoluta y perdurable. También, las dependencias del Estado fueron asediadas y grafiteadas, en particular, la Casa Rosada (sede del poder presidencial), el Palacio del Congreso y el Ministerio de Economía. El Estado diseñó una estrategia de protección basada en la colocación de vallas de contención para evitar la aproximación de los manifestantes. Esta diferencia respecto a las entidades bancarias radicaba en que las estructuras arquitectónicas estatales se hallaban menos expuestas y las plazas permitían restringir el espacio público para emplazar las defensas a distancia de los edificios. Por otra parte, las vallas se mantienen hasta hoy como parte del paisaje urbano que entorna a los edificios públicos de Buenos Aires.

Para marzo de 2002, la desocupación en la ciudad de Buenos Aires alcanzó 22 por ciento. En la periferia urbana, los comedores populares se vieron desbordados y los clubes de trueque crecieron exponencialmente. Los sectores populares comenzaron a mostrar su “saber hacer” con la crisis y a autoorganizarse frente a la absoluta desacreditación de la ficción monetaria. El gobierno se había visto obligado a crear pseudomonedas provinciales: patacones, lecop, lecor, etc. Fue un momento de florecimiento de las economías informales, muchas nucleadas alrededor de las ferias populares. Durante los años en que gobernaron Menem y la Alianza, el mercado se había convertido en el enemigo

⁶⁵ D. Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2012.

del mundo popular. Sin embargo, después de 2001, los sectores populares refundaron el mercado. Por un periodo tan breve como intenso se estimularon sus potencias de intercambio, sociabilidad y solidaridad.⁶⁶ La crisis de la Argentina se extendió a lo largo de todo 2002. A mediados de ese año, se produjo, en una movilización sobre el Puente Pueyrredón, el asesinato a manos de la policía bonaerense de los militantes Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, pertenecientes a la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón. La crisis política se extendía sobre el gobierno y Duhalde decidió anticipar las elecciones a abril de 2003. La crisis económica argentina cesó cuando Néstor Carlos Kirchner asumió la presidencia en mayo de 2003 y la economía argentina comenzó a dar signos inequívocos de crecimiento continuo. Para entonces, muchos argentinos habían abandonado un país que se decía estaba en llamas y sin posibilidades de solución. La década siguiente asistiría al regreso de algunos de esos emigrantes. ❧

⁶⁶ V. Gago, *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2017.